

POEMAS



CÉSAR RINA SIMÓN

César Rina Simón nació en Cáceres en 1986. Es profesor de Historia Contemporánea en la Universidad de Extremadura. En su primera obra, *Capital de Mongolia: Ulán Bator* (Rumorvisual, 2011) abordó la crítica política y la creciente movilización social a través de fábulas y relatos cortos. En la segunda, *Mediterráneas. Ensayos de poesía popular* (Letras Cascabeleras, 2014), aportó un acercamiento a los cuatro grandes temas humanos: el amor, la identidad territorial, la noción de divinidad y la rebelión política desde la cultura y la métrica popular. Ha participado en el número 8 de la colección 3x3 (Editora Regional de Extremadura, 2016), coordinada por Antonio Gómez, con una actualización a las sociedades líquidas de *Poeta en Nueva York* de Federico García Lorca. Ha publicado poemas y relatos en múltiples antologías, ediciones y revistas; y ensayos en *Diario Hoy*, *FronteraD* o *Enfermaria*. Trata de combatir la hegemonía cultural con la creación de espacios de inutilidad. Esta vez, presenta en forma de versos sus inquietudes sobre la memoria y las dimensiones de la elección.

“Muchacha,
no se llega nunca
al fondo del mar”

Federico García Lorca, *Así que pasen cinco años*, 1931.

Memoria

La memoria bate sobre el malecón del tiempo,
 erosiona, araña y deteriora.
 La memoria rectifica,
 se adelanta a los murmullos y
 a las decisiones yescoge la ola más alta,
 no la más verdadera ni la que tiene más forma de ola,
 y a ella te subes confiando que el océano es
 ésa raya de agua.
 Pero el mar salpica con gotas de otras tempestades,
 porque la memoria parece la misma en la lejanía,
 fría y repetitiva,
 pero cuando la surcas sabes que no es igual,
 que esa ola que viene no ha existido antes y
 que morirá fugaz para desencadenar otra.
 Precipitarse, morir, recordar.
 El Tajo ya lo decía en su estuario grande:
 esta luna es siempre luna nueva.

Teología

En ese justo instante
 en que la muerte desafía
 al infinito invierno,
 cuando se abren los horizontes
 de posibilidades y
 florecen los lunares,
 cuando desde la piel hasta las entrañas
 clamamos vuelos kamikazes y
 te lanzas a empotrar;
 ahí, por un momento, existes, existo,
 la vida se condensa, se contrae
 y se retuerce.
 Así de pequeña, efímera,
 descansas,
 pues conoces los misterios,
 el detrás de la sombras,
 y ya te pueden llover a plomo
 complejas matemáticas
 que tú las conoces,
 sabes que el resultado es
 un número par comprendido
 entre el cero y el uno.
 Ese día, cosmos, perpetuas teologías.

La otra orilla

Tú sabes que el tiempo es un pesado compañero
de viaje, que la memoria fría de las puertas
va cargada del inútil aroma del fracaso,
que no hay alternativa ni antídoto
contra los equívocos,
porque todos los caminos acaban
en ese mirador de privilegio,
donde la afonía desemboca en paraísos, nunca en espejos,
-siempre en las otras tierras el río es más dulce,
la tierra más amarilla y las olas más constantes.-
Y cuando te lanzas, furioso, y cruzas,
vuelves al mismo sitio, al lugar donde partiste,
a las altas torres insatisfechas,
a la nostalgia de lo venidero.
Y cruzas, y cruzas, y cruzas,
una y otra vez, siempre,
y el viaje de los siglos concluye
en un metro cuadrado de arena movediza,
en la azotea errónea del iluso, del ideal, del creyente,
y nunca aprendes,
y caes en la trampa de tu carne humana reivindicada.

Pero también sabes que no hay alternativa,
que los pájaros en su libertad hacen lo mismo,
como las motas de polvo, y buscan para no encontrar.
¿Valió la pena? No lo sé,
como tampoco me hago a la idea
de los maremotos ni de los hambrientos
encaramados a las rejas.
Si tuvo algún sentido me resisto a conocerlo,
ni siquiera a aceptarlo,
porque soy un tallo débil colmado de confusiones y
con arrastrar mármoles sin cabeza
me basta para existir como existo,
oteando el hondo del precipicio,
la simiente de trigo extranjero,
al otro lado del río,
en ese cauce que es mío porque yo lo lloré
y no tuve tiempo ni sed para beber.

